

Waldorf, en primera persona



MARIVÍ Y ANTÓN

Una exalumna de la Escuela Libre Micael, el director del Centro de Formación de Pedagogía Waldorf de Madrid, dos docentes que ejercen y se han formado en esta pedagogía y el padre de dos alumnos cuentan, desde perspectivas complementarias, qué ha representado para ellos esta manera de entender la educación, el aprendizaje y, en definitiva, la vida.

AUTORÍA COMPARTIDA

Para conocer más a fondo el fundamento de la pedagogía Waldorf puede leerse la entrevista a Christopher Clouder (presidente del Consejo Europeo de Educación Waldorf-Steiner), que *Cuadernos* publica en este mismo número.

La pedagogía Waldorf, con casi cien años de historia, hunde sus raíces en los comienzos del siglo pasado, en el clamor general que surgió tras el caos de la primera guerra mundial. Clamor que se manifestó en diversos movimientos sociales y, entre ellos, en los movimientos pedagógicos de las Escuelas Nuevas

Una recreación permanente e inclusiva

La pedagogía Waldorf presenta un modelo de valores cristianos, amplio y universal, pero independiente de cualquier confesión religiosa.

En este sentido, las escuelas Waldorf son laicas. Sin embargo, son inclusivas: porque integran valores de otras culturas del mundo: budismo, judaísmo, islamismo, taoísmo, bahaísmo, gnosticismo y, sobre todo, el respeto y cuidado de la naturaleza, todo ello en el sentido abierto de *religare*.

Esto se concreta en la plasmación de un currículo de la celebración de los hitos del ciclo anual: solsticios y equinoccios, fiestas multiculturales, etc. y en la asignatura de ética que imparten los maestros.

Una educación humanista con mirada global tiene que recoger un triple impulso en su programa: la educación científica, la educación artística y la educación religiosa (en sentido espiritual y no confesional), pues tiene que despertar en sus alumnos las capacidades intelectivas y de pensamiento, artísticas y del sentimiento, prácticas, activas y de la voluntad. Es a través de esta triple capacitación que podrá expresarse, creativamente, la genuina individualidad del alumno en busca de sus propias metas. Este enfoque –amalgamado con el interés, la motivación y el entusiasmo– se plasma en el ampliado currículo Waldorf, adaptado siempre al desarrollo madurativo del alumno.

y de las Escuelas Activas, cuando muchas personas buscaban nuevas ideas para la vida cultural y educativa, para la vida social y para la vida económica.

Así nació, en 1919, en Stuttgart (Alemania), la pedagogía Waldorf, para los hijos de los obreros de la fábrica de cigarros Waldorf-Astoria. Estos trabajadores le habían pedido a Rudolf Steiner, profesor de la Universidad Popular de Berlín, que les impartía conferencias en la misma fábrica, una escuela para sus hijos. Y la respuesta constituyó el comienzo de un impulso pedagógico que se extiende en la actualidad a más de 80 países, con cerca de tres mil centros escolares en todos los niveles educativos y en educación especial, pedagogía de apoyo Waldorf, pedagogía terapéutica y artística, etc.

En España, por razones históricas de sobra conocidas, no llegó a saberse de la pedagogía Waldorf hasta los años setenta del siglo pasado, cuando un grupo de padres y maestros emprendió, en Madrid, la tarea de crear un Jardín de Infancia con esta metodología, el Jardín de Infancia Micael, que abrió sus puertas en Las Rozas, Madrid, en abril de 1979. Y en ocho años, de 1979 a 1987, se preparó la primera escuela de Educación Primaria Waldorf, que inició su andadura en septiembre

de 1987 (así lo recogió *Cuadernos de Pedagogía* en un artículo publicado en 1994 por Jaume Carbonell). Esta escuela cuenta, hoy, con cerca de 500 alumnos de dos a dieciocho años.

Además, a lo largo de estos años se han inaugurado otras ocho escuelas de Educación Primaria: tres en Madrid, dos en Barcelona, y una en Benidorm, Lugo y Vitoria. Asimismo, en toda España se han creado una veintena de escuelas de Educación Infantil y hay más de quince nuevas iniciativas promovidas por padres y maestros.

La demanda de formación y especialización se cubre con cinco centros de formación de maestros y profesores en pedagogía Waldorf. Tienen la acreditación del Instituto de Formación del Profesorado, del Ministerio de Educación, de las consejerías de Educación de las comunidades autónomas y de varias universidades. Cerca de 600 maestros y licenciados, muchos de ellos docentes en ejercicio en la educación pública y privada, realizan estos cursos. Además, todos los centros escolares y de formación permanente de profesores están asociados en la Asociación de Centros Educativos Waldorf de España (www.colegioswaldorf.org).

► El arte de encontrar nuestros propios tesoros

ANDREA DE LA CRUZ BARRAL

Exalumna de la Escuela Libre Micael.

Coordinadora de eventos, productora y estudiante de arte dramático en Central School of Speech and Drama, Londres.

Correo-e: acruzbarral@gmail.com

Empecé en el jardín de infancia de la Escuela Libre Micael a los tres años. La nube de recuerdos de mi infancia se compone del olor del pan recién hecho, el color del arco iris pintado con acuarelas, el sonido de canciones y el tacto de la arena con la que tanto jugábamos. De esto hace ya veinte años y os aseguro que mis sentidos vuelven a despertar cada vez que visito mi escuela, transportándome de nuevo a aquellos días en Las Rozas. Muchos me preguntan (escépticos e interesados, por igual) lo que significa haber estudiado en un colegio Waldorf. Yo que como alumna estoy orgullosa del centro, siempre estoy encantada de que me pregunten e intento explicar lo que es esta enseñanza desde el punto de vista de un alumno. Y lo cierto es que cada vez me cuesta más hacer una descripción de este tipo de enseñanza, porque para mí sería más fácil describir mi experiencia en la escuela con un cuento o una combinación de colores sobre un lienzo.

Lo que sí puedo contar, con seguridad, es que la escuela me enseñó a disfrutar del proceso de la vida, quizás porque en el día a día, en la escuela Micael, el camino del aprendizaje y la creación siempre era más importante que el producto final, y también más placentero. En nuestro colegio dábamos las clases principales –Historia, Matemáticas o Lengua– por periodos, lo cual significaba que las teníamos todos los días por la mañana durante tres o cuatro semanas. A mí esto me encantaba y antes de empezar un nuevo periodo ya estaba loca por saber más sobre aquel viaje que iba a comenzar y en el que día tras día descubriría nuevas aventuras y conocimientos. En el colegio no nos hacían pensar en el “examen final”, ni siquiera se nos recordaba que íbamos a ser evaluados; yo creo que nuestros profesores nos observaban por el camino, mientras aprendíamos envueltos en las aventuras propuestas. Y así, sin presión, sin ánimo de juzgar y casi sin que nosotros nos percatáramos, nos iban guiando en la enseñanza, dejándonos ser y encontrar nuestros propios tesoros dentro de las asignaturas.

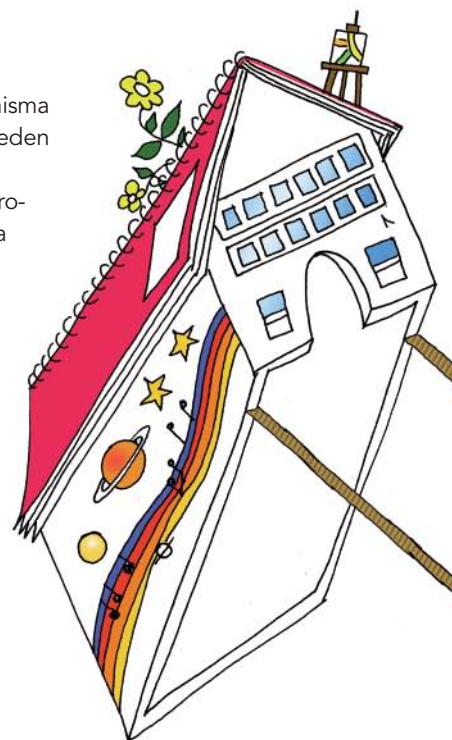
Cuando algunas personas me preguntan cómo aprendíamos Matemáticas o Geografía, yo les respondo con una sonrisa: “Escuchando”. Nuestros maestros nos contaban historias atractivas sobre países y pensadores, sobre la naturaleza y sobre cómo nosotros nos involucramos en ella. El proceso de escuchar llevaba después a recordar la aventura vivida en el aula y esto desencadenaba una explosión de creatividad en mí, que se transformaba en narraciones con todo tipo de detalles, sobre lo aprendido en clase aquel día. Es difícil explicar lo que esto significa, es como si mi cuerpo y mi mente fueran capaces de filtrar el conocimiento y añadir pequeños toques de mi propia vida a ese resultado final, que no era nada más ni nada menos que mis deberes. Hoy creo que esto es aprender de verdad: compren-

der con todo tu ser y desde ti misma la enseñanza que otros te pueden transmitir.

Pero quizás lo más bello del proceso en mi cole era llegar al día siguiente a clase y compartir con el resto de los compañeros las reflexiones del día anterior. Ya fuera leyendo nuestras narraciones en voz alta, haciendo un resumen o saliendo a la pizarra a explicar lo aprendido. Y de lo que me doy cuenta ahora es de que, en cada uno de esos momentos compartidos, todos estábamos unidos en la escucha, el respeto y la aportación, todos contribuíamos al proceso de aprender.

Otro aspecto que llevo conmigo de la escuela Micael, y quizás por eso acabé siendo artista, es la búsqueda de la belleza en todo. Desde pequeños se nos animaba a embellecer nuestros trabajos mediante el arte. Aprender en mi escuela era percibir que todo el ambiente que nos envolvía contribuía a la transmisión de la lección, desde los diferentes colores de las tizas hasta las cortinas cerradas o abiertas para modular la luz. Muchos creen que las escuelas Waldorf solo son para artistas y que la mayoría de nosotros acabamos en algún sector artístico, pero no es así; tengo tantos compañeros de escuela en ciencias, humanidades y tecnologías como en las artes. Para mí, el trabajo artístico en el colegio fue, sobre todo, una forma de desarrollar y enriquecer nuestro potencial para comunicarnos como seres humanos, utilizando la estética como canal para establecer conexiones con los otros. Y esto, creo yo, me ha dado fuerza y habilidad durante toda mi vida para entablar relaciones con aquellos que me han ido brindando oportunidades a lo largo del tiempo.

Quizás, esta sí que es una escuela para aquellos que quieren ser artistas, puesto que ¿qué es un artista si no un explorador y un aventurero de la vida, siempre curioso y atento a las historias que se encuentra por el camino? Siempre disfrutando de la belleza presente en cada instante de la vida y siempre, siempre, compartiendo con el resto de nuestros compañeros aquello aprendido a lo largo del camino.



Un maestro pionero

ANTONIO MALAGÓN GOLDEROS

Profesor de Ciencias Sociales de la Escuela Libre Micael, de Madrid.

Presidente de la Asociación de Centros Educativos Waldorf de España y director del Centro de Formación de Pedagogía Waldorf (Madrid).

Correo-e: amalagon@telefonica.net

Como cofundador de la primera Escuela Waldorf de España y con 33 años de recorrido en la Escuela Libre Micael, de Las Rozas, Madrid, tengo experiencias acumuladas, miradas sucesivas de la paulatina construcción de la educación Waldorf en nuestro país. Todo ello marcado por un hecho biográfico: inscribirme en el Curso para Maestros del Centro de Formación de Maestros Waldorf, de París, cuando terminé la licenciatura de Historia y Geografía, en 1976. Las experiencias pioneras, envueltas en entusiasmo e idealismo, se mezclan con los quehaceres cotidianos: educativos, académicos, administrativos, legales, etc., y con una intención primera de carácter social, que se concreta en formar una asociación mixta, de padres y de maestros, para poder autogestionar la escuela por nosotros mismos, sin conciertos económicos con la Administración, y poder ensa-

yar nuevas formas de participación y de responsabilidades compartidas en la comunidad educativa. Esta ha sido una de las mayores enseñanzas para el aprendizaje de la convivencia social, pues hemos constatado que esta autogestión lleva al mutuo apoyo y a la confianza maestros-padres, por lo que se puede "construir" la libertad pedagógica que –como maestros– necesitamos para la creatividad en el aula.

Este es uno de los aspectos de las nuevas ideas sobre el desarrollo organizacional –la llamada "triformación social"– que impulsó Rudolf Steiner frente al caos social de su época y que llevó el nacimiento de la pedagogía Waldorf, que implica crear una nueva cultura de colaboración permanente entre maestros y padres, entre escuela y familia, con el fin de que el niño sea el mayor beneficiario. Un completo calendario de reuniones maestros-padres individuales o de grupo clase, grupos de trabajo, presentaciones de trabajos, fiestas y exposiciones pedagógicas alimentan esta relación.

El camino de "ir creciendo y madurando", ampliando el número de unidades, de aulas, de alumnos y familias; de ir levantando los edificios prefabricados que se iban necesitando, aunque con cientos de problemas económicos y de todo tipo, alentaban entre padres y maestros renuncias, apuestas, solidaridad, seriedad y mucha esperanza. Así son los procesos de la vida y así ha sido el proceso de la construcción de todos los niveles de enseñanza, de Infantil a Bachillerato, en la Escuela Libre Micael.

Otro aspecto, no menos importante, fue el encuentro con los compañeros maestros que –como yo en 1977– se fueron a los Centros de Formación de Profesores Waldorf, de París, Stuttgart, Londres, etc. y que volvían a Madrid para unirse al equipo de docentes, al claustro de maestros en formación. En un "todos a una", nos unimos para la creación de una Escuela Nueva, no solo para que existieran unas instalaciones, sino para dar cuerpo a lo pedagógico, lo metodológico y, sobre todo, lo colegial.

Claustros vivos

Solo desde una nueva forma de entender el "Colegium de todos los maestros y profesores" –la llamada por Rudolf Steiner "Republica de Maestros"–, en la que todos somos portadores y corresponsables del día a día pedagógico, formaríamos los "claustros vivos" que permitirían recrear la pedagogía Waldorf desde nuestra cultura, desde nuestra idiosincrasia. Precisamente aquí radica una importante razón que ha hecho posible la renovación continua de la pedagogía Waldorf durante casi un



MARIVÍ Y ANTXON

siglo, en tantos lugares del mundo con culturas tan diferentes, desde México hasta Japón y desde Suecia hasta Sudáfrica. Los claustros semanales, de todos los jueves, es la verdadera “Escuela de Formación Permanente de los Maestros Waldorf”. Y esto es así porque el estudio e interés por el niño es el objetivo esencial del claustro. Centrarse en los procesos evolutivos y de desarrollo madurativo del niño hacia el despliegue de su individualidad, de su yo, es la mejor manera de asegurarle un camino hacia la autonomía, hacia la libertad y la responsabilidad.

Pero con ser importante todo lo expresado anteriormente, lo nucleico, lo más grande han sido los encuentros en el aula, las experiencias en el aula, verdadero “espacio de vida” en el que se estimula el desarrollo y se producen los mayores acontecimientos en la evolución de los niños y de los maestros, facilitados –en este caso– por las “condiciones” de trabajo waldorffianas.

En mi vida como maestro ha sido crucial poder mantener la tutoría de una misma clase durante los ocho años de enseñanza

general básica, en dos ocasiones y, últimamente, en una tercera ronda, desde primero de ESO hasta segundo de Bachillerato, como tutor y como profesor de Ciencias Sociales. Es la manera perfecta para cultivar el vínculo humano, vínculo de confianza, fundamental para la comunicación entre los alumnos y el maestro. La educación solo se puede dar en los encuentros humanos mantenidos con perseverancia e interés. Pues del interés por el alumno, y su entorno familiar y social, interés por su “yo y su circunstancia”, al decir de Ortega y Gasset, surge el verdadero afecto pedagógico, el amor pedagógico, el humor y la alegría necesarios para que se produzca el verdadero acto pedagógico.

De este mirarse mutuamente, de este reconocimiento entre seres humanos surge la verdadera inspiración para la didáctica, para la creatividad escolar, para los aprendizajes concedidos de unos hacia los otros, entre alumnos, padres y maestros. Así se convierte el colegio en “una escuela para la vida”, para toda la vida.

► Liberarse de la tiranía de los libros de texto

María Jesús Manzano y Pedro Álvarez-Monteserín
Maestros Waldorf.

“La misión del maestro es la de retirar obstáculos del camino de los alumnos y la de favorecer el desarrollo de sus capacidades”

Rudolf Steiner

“¡Qué suerte tengo! Puedo estar cada día en contacto con el futuro de la humanidad y además me pagan”

Francisco Giner de los Ríos

Fue en el año 1973 cuando dos estudiantes de Filosofía y Letras en la Universitat de Barcelona descubrimos, investigando sobre escritores de la Generación del 98, que había existido algo llamado Institución Libre de Enseñanza (ILE). Fue para nosotros una ráfaga de aire fresco. Aquel descubrimiento dirigió nuestros pasos hacia la pedagogía Waldorf.

Un segundo encuentro aclararía más aún nuestra vocación pedagógica: llego a Barcelona una profesora exiliada en México, María Solà de Sellarès. Esta habló, ante un grupo de jóvenes sedientos de novedades, de una pedagogía que desde 1919 se había extendido por el mundo. Al igual que la ILE, la pedagogía Waldorf no utilizaba ni exámenes ni libros de texto; tanto una como otra daban tanta importancia a la formación artística y moral como a la formación intelectual.

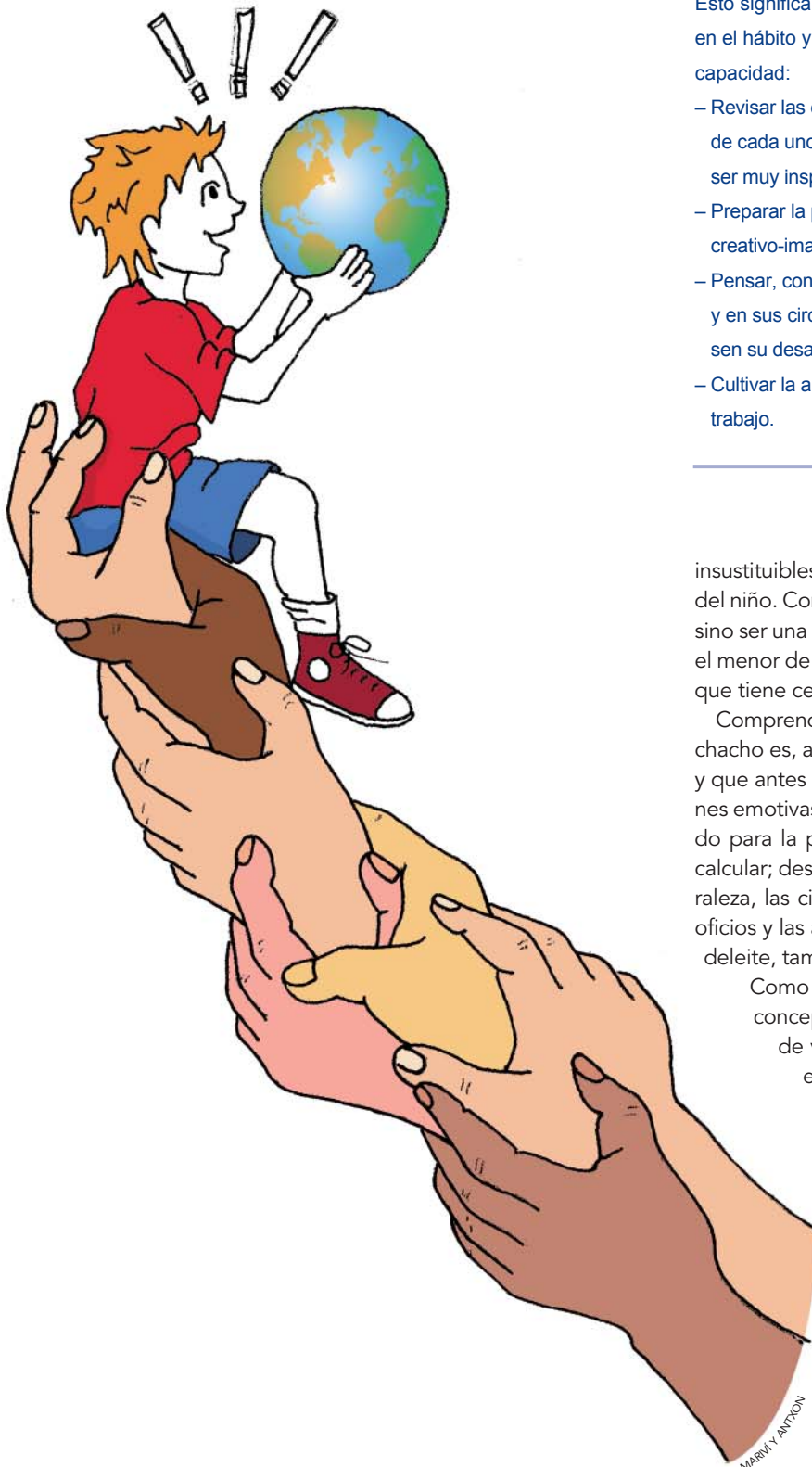
Tras diez años de trabajo en centros privados y estatales decidimos pedir una excedencia y marchar a París a realizar una formación en pedagogía Waldorf. ¿Qué supuso para nosotros

aquellos dos años de formación tan distintos de las formaciones académicas al uso?

Lo más importante fue adquirir una idea, completa, positiva y estimulante del ser humano: ese fue el primer paso para cambiar la manera de educar a los seres humanos en ciernes. Ser conscientes de las necesidades y de las capacidades del niño en cada edad y comprender la psicología de las diferentes fases evolutivas del niño nos permitió estar mucho más seguros de lo que convenía hacer en cada caso ante un niño o un adolescente. Toda la metodología que Rudolf Steiner describe para las escuelas Waldorf es coherente con las necesidades concretas del niño. Nos sentimos “autores” del trabajo diario que desarrollaban en cada clase. Nos liberamos de la tiranía de libros de texto, de la presión de las industrias audiovisuales, de las directivas administrativas incoherentes y de otros agentes nocivos para la infancia.

En 23 años como maestros en diferentes escuelas Waldorf hemos podido comprender que si hasta los siete años el niño es

básicamente un ser voluntarioso: ¿por qué meterle en complicaciones intelectuales tan abstractas para él como la lectoescritura, el cálculo, y otras muchas?, ¿por qué no dejarle jugar en toda la amplitud del término y permitirle descubrir el mundo experimentando con la mayor gama posible de materiales y sensaciones? Construir castillos de arena, amasar pan, tejer, pintar, cantar, escuchar cuentos con asombro... son experiencias



Autoeducación

La educación viene del encuentro entre el entorno humano y social y la aspiración personal y profesional. El proceso es muy diferente para cada persona. Sin embargo, la continua autoeducación es imprescindible para ser maestro, para "sentirse, haciéndose" maestro de escuela.

¿De dónde nos viene a los maestros el impulso para proponernos la autoeducación? Viene de la autocrítica y del deseo de mejorarnos y mejorar el quehacer pedagógico y vivencial con los alumnos.

Esto significa que al preparar la clase, cada tarde, hay que colocar en el hábito y vida corriente cuatro acciones que se van a convertir en capacidad:

- Revisar las experiencias del día en el aula, pensando en el proceder de cada uno de los alumnos y en el mío propio. Este recordar puede ser muy inspirador.
- Preparar la presentación de los contenidos de la asignatura en forma creativo-imaginativa con sus procedimientos posibles.
- Pensar, concretamente, en los alumnos, en su evolución y progreso y en sus circunstancias familiares, para dotarnos de ideas que impulsen su desarrollo.
- Cultivar la autocrítica para renovar continuamente el sentido de mi trabajo.

insustituibles como bases del desarrollo emocional e intelectual del niño. Comprendimos que con el párvulo no hay que teorizar sino ser una persona bondadosa y ejemplar. Porque, ¡atención!, el menor de siete años tiene una tendencia natural a imitar a los que tiene cerca.

Comprendimos que, entre los siete y los catorce años, el muchacho es, además, un sujeto de emociones y de sentimientos, y que antes de despertar a lo intelectual debe recibir impresiones emotivas y estimulantes del mundo, que le vayan preparando para la posterior visión científica del mismo. Escribir, leer, calcular; descubrir la historia, la geografía, los reinos de la naturaleza, las ciencias físicas y químicas; dominar los idiomas, los oficios y las artes, todo supone un esfuerzo, pero puede ser un deleite, también, si se hace de forma artística.

Como maestros aprendimos a no obligar al niño a tragar conceptos fósiles de los libros de texto, sino a transmitirles de viva voz relatos, experiencias, emociones, etc. que el alumno pudiese reflejar en sus cuadernos, bien escritos y bellamente ilustrados. La belleza y la viveza tienen que envolver todo lo que el muchacho descubra al lado de su querido y respetado maestro.

Aprendimos también a establecer lazos verdaderos y duraderos con los alumnos y con sus familias, que agradecen el respeto y el cariño con que se educa a sus hijos y que colaboran gustosamente con los maestros en la tarea vital de dar a luz a seres humanos libres y capaces de llevar adelante la tarea personal que cada uno quiera realizar en la vida.

▶ Waldorf, un regalo para la familia

LUÍS MIGUEL BARRAL GONZÁLEZ

Padre de Itsaso y Lucas Barral Kintana, alumnos de la Escuela Libre Micael.

Correo-e: luismi@twomuchrs.com

En el verano de 1992, estaba de vacaciones en Israel visitando a unos amigos en su granja. Tras la sobremesa nos enseñaron la escuela donde estudiaban sus hijos: “Es el único colegio del país donde conviven niños palestinos e israelitas”, me dijeron. Insólito, pensé.

Tres años más tarde, mientras paseaba distraído por Nueva York me encontré con una escuela Waldorf que hay próxima a Central Park. Entré en el jardín de infancia e inmediatamente reconocí el lugar: era como la escuela que había visitado tres años antes en Israel. Estaban acuñadas con la misma sustancia.

Unos meses después visité la Escuela Libre Micael (Madrid, España) y al conocer el jardín de infancia volví a tener la misma sensación que en Nueva York. Entonces supe que estaba ante un fenómeno educativo transcultural, idea que me pareció sumamente atractiva, excitante, diría yo. Pero nada comparable con el efecto que poco a poco he ido descubriendo, gracias a que mis hijos entraron a formar parte de la escuela.

En septiembre del 2001 el Jardín de Infancia de la Escuela Libre Micael daba la bienvenida a mi hija Itsaso, y dos años después a Lucas, su hermano menor.

Desde el momento en que nuestros hijos ingresaron en la escuela, en cierto sentido, toda la familia ingresó también. Estamos viviendo –diría– una “experiencia extendida” en la que los adultos de casa tenemos la oportunidad de convivir con personas que están siendo respetadas en sus talentos innatos y gozan del tempo de maduración que necesitan para amasar y entregar al mundo su don.

Siento que nuestra familia ha recibido un regalo eligiendo esta escuela para nuestros hijos. El regalo consiste en aprender y disfrutar de lo que acontece en la convivencia con niños invitados a sacar la mejor versión de sí mismos.

En estos años he visto como la pedagogía Waldorf no limita la escuela a ser un proveedor de contenidos más o menos eficaz, sino que la configura como un entorno que activa y da cauce al deseo de aprender que los niños traen consigo, permitiéndoles maravillarse del mundo que los rodea.

En la escuela Waldorf el conocimiento no se transmite, se experimenta. Este fenómeno posibilita a nuestros hijos reconocer cómo brota dentro de ellos la chispa del *insight*, entendido como ese instante-celebración en que uno reconoce algo como verdad: descubrir que el verde surge al mezclar el amarillo con el azul; descubrir la resta aminorando y la suma creciendo; descubrir el fruto de la colaboración cuando en el coro surge algo superior a la suma de las partes; descubrir que de la ira a la alegría solo hay un paso y que depende de ti; descubrir el placer de contar una historia con amor, mientras el alumno de sexta clase escribe su regalo en forma de cuento al alumno de primera clase a quien apadrina...

Este arte de educar protege ese momento en el que los niños pueden ejercer su derecho a descubrir el conocimiento por sí mismos. Me parece sencillamente maravilloso, y es lo que me ayuda a entender por qué una escuela rural en Israel y otra en el corazón de Manhattan tienen la misma atmósfera reconocible: ambas se basan en el respeto al ser humano en su camino de aprendizaje. Son expresión de un lenguaje universal.

Y funciona. Cuando asistes a las fiestas de despedida de los alumnos que concluyen su etapa en la escuela te das cuenta de que esta pedagogía cosecha sus frutos en forma de adultos empoderados, creadores, comprometidos y motivados a contribuir.

Caes en la cuenta de que la escuela Waldorf expide un título, el de soberano de uno mismo.

¿Existe modo más eficaz para navegar la incertidumbre, sea cual sea el signo de los tiempos?

¿Existe mayor satisfacción que contribuir a la vida con lo que cada uno es?

para saber más

- ▶ Carbonell Sebarroja, Jaume (1994): “Escuela Libre Micael”, en *Cuadernos de Pedagogía*, n.º 229 (octubre).